cho año, á una amiga suya residente en Paris (*).
" No vengais á Inglaterra, mi querida amiga: aquí
" se vende á las mugeres; esta es una verdad in-
" contestable, yo lo he visto. Se me avisó hace
" dos dias que iba á haber una venta de esas en
" Smithfields. Deseaba ver una, porque habien-
" do hablado con varios ingleses sobre este asunto,
" negaban la verdad de un hecho, que coloca á la
" muger en la posicion degradante de una bestia
" de carga; costumbre que aseguraban hallarse
" abolida, y que solo habia tenido lugar en los
" tiempos de barbarie. Todavía me encontraba
" dudosa sobre lo que habia de creer acerca de es-
" to, cuando se presentó un marinero que traia es-
" tirando á su muger de una especie de almarti-
" gon. Yo lo he visto, os repito, y fué comprada
" públicamente en tres shellings. Mucha gente
" concurrió á esta venta: cuando llegaron los ma-
" gistrados con objeto de impedirla, ya era tarde.
" El comprador está obligado á alimentar á la mu-
" ger, y á tener cuidado que nada le falte. Este
" y el vendedor se dirigieron á una taberna, donde
" sellaron el contrato, bebiendo aguardiente y cer-
" veza." ¿Esperabas este rasgo de filantropía de los filósofos y pensadores isleños?

(*) *Lettres sur l'Angleterre, ou deux annés à Londres, par Mad. M. D'Avel.*

E.—Algo habia oido decir; mas suponia que fueran en efecto costumbres de los tiempos de *Rob-Roy*, y no de estos de las luces.

G.—Para que veas, que *donde uno menos piensa, salta la liebre.* Ajustemos ahora el vestido á las que les vengan. Bien sabes que segun las cuentas de Boileau, habia en Paris tres mugeres honradas (*). Tampoco ignoras que por grande que sea la corrupcion en México, no llega ni con mucho à la de Paris: conque si allá habia tres casadas honestas, no será juicio temerario asegurar que aquí habrá treinta. De aquí es que rebaja esa cantidad de la suma de matrimonios; si á todos los maridos que tienen mugeres maulas, se pusiese en la cabeza venderlas en un mismo dia, y cada una se dirigiera á la plaza con su soga al cuello, pareceria sin duda que de todas partes se encaminaba hácia el mercado una procesion de penitencia; y mas si ellas iban, como es muy natural que fueran, con las caritas compungidas y los ojos bajos.

E.—Dejemos ese espectáculo tan triste, y pasemos á otros que nos diviertan.

(*) *Satire X.*

NIÑAS.

G.—Muy bien dicho. Hé aquí un vestido precioso de mucha vista, compuesto de alas de mariposa.

E.—Ciertamente que está muy lucido, ¿y para quién es?

G.— Para ciertas niñas cuyas caras parecen unas rosas de Castilla, sus cuellos y pulmones de

alabastro; sin embargo, se les puede aplicar en toda la estension de la palabra el primer cuarteto de un soneto, de Lupercio Leonardo de Argensola, que dice:

Yo os quiero confesar, D. Juan, primero
Que aquel blanco y carmin de Doña Elvira,
No tiene de ella mas si bien se mira,
Que el haberle costado su dinero.

Hay algunas hermosuras que son como las mariposas. Estas fueron antes feos gusanos, y ahora despliegan en el aire sus vistosas alas. Así hay muchas bellas, que se acuestan pálidas momias, y se levantan Venus rozagantes. Seria bueno para no llevar un chasco pesado con estas bellezas de *leche virginal y aceite de Venus*, hacer en sus caras lo que hacen los marchantes con las *indianillas*, que les lavan un pedacito y lo ponen á secar al sol para ver si se destiñe.

E.—¡Qué pocas hermosuras habian de salir con bien de esta prueba! Pero, ¿qué significa esto? Aquí voy sacando un vestido muy gracioso y sencillo, en que viene envuelta una talega vacia.

G.—Esta talega es para que sirva de *ridículo* á la dueña de ese vestido.

E.—¿Cómo ha de llevar una señorita en la mano un costal?

G.—Muy bien; porque es el utensilio que mas

les acomoda, y de que tienen mayor necesidad que de otra cosa. Hay niñas que se enamoran del dinero y no de las personas.

E.—Pero dime, Gallo mio, ¿repruebas acaso que una señorita indague si su amante tiene ó no proporciones para mantenerla? ¿Han de preferir siempre á Basilio el pobre respecto de Camacho el rico, aunque se mueran de hambre? ¿Ignoras que la pobreza es el mas temible escollo en que naufragan los matrimonios?

G.—Nada de eso ignoro: y no repruebo las medidas prudentes para asegurar la subsistencia, haciéndola compatible con el amor; lo que detesto y detestaré eternamente, es la conducta de ciertas personitas, que por esplicarme así, mas bien se venden que se casan; es decir, que al elegir ó aceptar un novio ponen la mira en su dinero, sin pararse en que sea viejo ó mozo, feo ó de buena presencia, nécio ó instruido, de modales finos ó groseros, de bueno ó mal génio; esto es, repito, lo que repruebo y abomino: y no sé cómo hay hombres que se prenden de esas niñas interesables, que no tienen otro resorte para contraer sus compromisos amorosos que el dinero, de suerte que no parece sino que tienen escrita en su corazon aquella letrilla de Quevedo, que dice:

Madre, yo al oro me humillo,
El es mi amante y mi amado,
Pues de puro enamorado
De continuo anda amarillo:
Que pues doblon ó sencillo
Hace todo cuanto quiero,
Poderoso caballero
Es *Don Dinero.*

E.—No levantes tanta golilla: cálmate un poco. ¿Para quién es este vestido *mason?*

G.—Para las viudas: es un vestido de luto.

E.—¡Cómo ha de ser de luto, si su color es mezclado de encarnado y negro!

G.—Ese es precisamente el color del luto, ó mejor diré, del gali-luto, que visten ciertas viuditas frescas, que en una mano tienen la urna con las cenizas del difunto, y en lo otra la antorcha de himeneo; á las que les viene como anillo al dedo aquella letrilla, no me acuerdo de quién, que dice:

Que la viuda dé un gemido
Por la muerte del marido,
Ya lo veo:
Pero que ella no se ria,
Si otro se ofrece en el dia,
No lo creo.

E.—¡Pobres mugeres! ¡Cómo las has puesto! Y debieras considerar que al cabo, tengan los defectos que tuvieren, mal nos va con ellas, y peor sin

ellas. El amor es el alma que vivifica y sostiene el universo. ¿Qué seria de los hombres sin el amor? Y ¿cómo podria haber amor sin objetos que lo escitaran? Dijo perfectamente Ercilla cuando escribió (*).

¿Qué cosa puede haber sin amor buena?
¿Qué verso sin amor dará contento?
¿Dónde jamas se ha visto rica vena,
Que no tenga de amor su nacimiento?
No se puede llamar materia llena,
La que de amor no tiene el fundamento.
Los contentos, los gustos, los cuidados,
Son, si no son de amor, como pintados.

G.—¡Hola! tatita, ¿con que todavía *se te menea un pié?* Cuando yo te creí fuera de combate, ¿irémos viendo que estás mal ferido de punta de amor? No faltaba mas para que te hicieran una burla muy merecida los enamorados, y principalmente tus enemigas capitales las cotorronas. ¿Cómo se bañarian en *agua rosada*, diciendo que te habia cantado el gallo en la mano?

E.—A buen seguro que yo les dé este gusto. Conozco bien mi posicion, y no quiero incurrir en el anatema que fulminé contra ellas al principio de nuestra conversacion. Por lo mismo que estoy fuera de combate, me hallo en estado de juzgar del

(*) *Araucana.*

amor á sangre fria, y confesar que en todos los tiempos y naciones se ha de verificar aquella sentencia de nuestro padre Adan: *Por esta* (hablando de la muger) *dejará el hombre á su padre y á su madre.* ¡Feliz del que encuentra una consorte que le endulce las amarguras de la vida!

G.—Has hablado perfectamente. ¿Quién se atreverá á negar que tienes razon? En efecto, de las mugeres dependen casi esclusivamente nuestros placeres y nuestros pesares: por lo mismo querria yo que todas fueran escelentes muchachas; porque así como una buena muger contribuye á nuestra felicidad, así una mala contribuye á nuestra desgracia. Bien espresó esta idea Lope de Vega, en un soneto que voy á referirte para empatarte tu octava de Ercilla, porque no me gusta quedar á deber á nada nadie.

Es la muger del hombre lo mas bueno:
Es la muger del hombre lo mas malo:
Su vida suele ser y su regalo;
Su muerte suele ser y su veneno.

Es vaso de bondad y virtud lleno;
A un áspid libio su ponzoña igualo:
Por bueno al mundo su valor señalo;
Por falso al mundo su valor condeno.

Ella nos da su sangre, ella nos cria:
No ha hecho el cielo cosa mas ingrata:
Es un ángel y à veces una harpìa.

Tan presto tiene amor, como maltrata:
Es la muger en fin, como sangría,
Que á veces da salud y á veces mata.—Dixi.

E.—Yo tambien digo que ya es muy tarde. Está de Dios que nos hemos de desvelar siempre que platicamos. Ya se ve, ¡si ensartas mas que Sancho!

G.—Ya se ve, ¡si preguntas mas que un catecismo! Si no quieren que hable, tú, y otros como tú, que no me dén motivo para hablar, ni me busquen el pico.

E.—Dios te lo guarde para diversion mia y castigo del prójimo. Ahí volverémos á vernos una noche de estas.

G.—Cuando quieras, pues ya sabes que estoy á tus órdenes, pronto á cantar en canto llano ó en contra punto, como gustes, porque *al buen pagador no le duelen prendas.*

IV.

EL CONGRESO DE LOS DIOSES.

Sres. editores del *Siglo XIX.*—Su casa, Mayo 24 de 1843.—Mis muy apreciables Sres.—Me acaba de suceder un caso estupendo, y tanto, que quizá nadie habrá que lo crea, si no son vdes., á quienes la esperiencia y observacion ha enseñado á ver los mas raros fenómenos, sin las prevenciones de la ignorancia, y con la sensatez de la sabiduría y prudencia. Vdes., pues, darán al hecho que voy á referir, la fé que merezca ante el tribunal de la razon y si juzgaren que es acreedor á alguna, á juicio de los hombres sensatos, les suplica que le den un lugar en las columnas de su estimable periódico, su afectísimo servidor Q. B. SS. MM.—*Erasmo Lujan.*